

ALEJANDRO

ALONSO

LA FLORES AZUL



Un par de personajes dan vida a una historia que tiene lugar en la geografía árida de México. El Silencioso, protagonista sin voz, según el autor, y su abuela, quien sufre el trance de la muerte, nos abren una puerta a un mundo inusitado donde la naturaleza misma cuestiona el momento en el que una especie, realmente, deja de existir.

Breve y concisa, con un trazo poético de los paisajes, introspectiva y con personajes entrañables, puede considerarse a *La flor azul* como una novela iniciática, y cuya principal virtud es el nulo deseo por evangelizar al lector. Estos atributos hacen pensar en los comentarios que le valiera de parte del narrador peruano y Premio Juan Rulfo Francia, Eduardo González Viaña: «Como lo pensaba la abuela, es imposible mantenerse al margen del magnetismo del llano. Hay algo más en este texto. El autor es una voz del lugar, una voz clara y asombrosa».

Índice de contenido

Cubierta

La flor azul

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

Sobre el autor

*Descender al seno de la tierra,
lejos del reino de la luz,
el golpe salvaje y el furor doloroso
son señal de un viaje feliz.
Pronto llegamos en la barca estrecha*

*a la ribera del cielo.
Alabada sea la noche eterna,
alabado el eterno sueño.*

Novalis
Himnos a la noche

I

Cristiana por herencia, pero más devota del desierto, de su soledad religiosa, de la hostia de sus cactus y lo telúrico de su credo, la abuela porfía una frase al despuntar el amanecer: «¡Cómo me duelen los cuadriles! ¡Esos hijos de la chingada!». Escoba en mano, levanta polvo sobre polvo, empeñada en dejar limpio un camino que nunca estará limpio.

—¡A esa escoba nomás la va a dejar pelona de tanto picar piedra!

Su yerno aprovecha toda ocasión para reprenderla.

—¡Y a usted qué le importa!... ¡Como los perros, que nomás asoman el hocico donde naiden los llama!...

El tiempo cobra su cuota en el cuerpo de la mujer. Los avisos son preclaros, contundentes: la fatiga extrema, el frío que no la deja en paz aún en días de calor, el dolor de los huesos que le hace apretar los dientes con una desesperación y termina por vencerla. Pero aunque esté «por llevarla la chingada», como ella afirma, no ceden sus ganas por echarle pleito a los seres cercanos y desconocidos. Es una mujer ruda como la raíz del huizache, de ánimo áspero, semejante a la cantera de las montañas inmediatas a su morada.

En su vida no hay lugar para los «chochos», como llama a la medicina alópata. Es más fácil meter a un gato feral en una pila con agua, que llevar a la abuela a ver al doctor. Así las cosas, la enfermedad le mina la fortaleza cada vez con menos concesiones.

II

Cercana a los ochenta y cinco años, a la mujer le gana la premonición de que antes del festejo será motivo de sepelio. No tiene esperanza y no desea tenerla. Acepta su destino sin mayor condolencia. Sus días transcurren en espera de la muerte. Según su ley, camina a su lado.

Entre sus parientes ya crece el interés por la herencia de los bienes: el par de lotes cercanos a la estación ferroviaria, nada despreciables, donde otrora la abuela construyera el restorancito y el hotel para gringos y peyotereros. De hecho, desde que comenzara a «temblarle la mano» en la administración de los negocios, sus hijas y su yerno se tomaron la libertad de darle curso a aquello que estaba por desbordarse de los límites. La anciana nunca lo hubiera permitido, tan celosa del terruño, pero en ese momento de su vida comprendía perfectamente la necesaria cesión de derechos y obligaciones, justo, a quienes estaban en el derecho de heredar tales privilegios. Esforzada en el paleo de su propia tumba, cada día más huraña, cada semana más impenetrable, la anciana no alteraba sus hábitos a pesar de que su condición le exigía restricciones de todo tipo.

Enterado del mal estado de la abuela, y aguijoneado por el ánimo de despedirse en vida de la progenitora de su padre, a cuyo rostro le había perdido el recuerdo, aquel muchacho que apenas rebasaba los quince años, flacucho y de ojos inquietos, a quien podía pasársele desapercibido el acontecimiento más mundano, pero no así el trazo fugaz de un cometa en noche cerrada, aparece en el pueblo en hora buena.

Toca a la puerta de la abuela con timidez, la mochila echada al hombro, por dondequiera picada por el paso del tiempo; dentro trae un par de pantalones de mezclilla, una sudadera, camisetas y ropa interior. Nada más.

III

—¿Y tú qué, pinche Silencioso?! ¿Venites a ver qué pedazo te toca de mi parcela? ¡Cabrón!

El muchacho se cohíbe; inclina la cabeza. Afianza con nervio las correas de su mochila; le sudan las manos.

—¡Ya ni la chinga abuela!, déjelo que la salude primero. Se oye la voz del yerno.

—¡Y a usted quién lo llamó! ¡Metiche! Mejor vaya a darle de tragar a su vieja. Pobre de miya, pa qué se casó con un hombre de plano tan juzgón.

Ante el tiroteo de palabras, el yerno prefiere la retirada.

A solas con su nieto, la mujer tuerce la boca y luego lo mira fijamente con una sonrisa de complacencia.

—¿A qué venites pues? Ya me ves, toy bien vieja, y con hartas arrugas en la cara. Mira mis manos. Ya vites. Tan viejas también y arrugadas. No tengo la misma juerza de antes. ¡Pero hay de aquel que se me ponga en el camino o que un peyotero me quiera robar o irse sin pagar el cuartito, porque yo solita y sin ayuda de naiden, me lo ajusticio!

La abuela respira profundamente y lo toma del mentón: «Te pareces reteharto al cabrón de tu padre». El nieto esboza una sonrisa y mueve la cabeza afirmativamente como única respuesta.

Cual viento que se cuela por un resquicio y termina hacinado en un rincón, discreto, como si no quisiera incomodar a sus habitantes, así, este visitante sin voz, todo sensibilidad y lenguaje en los ojos, se aloja con la familia paterna, siempre solícito a la faena, mas por fuerza de costumbre que por afán de quedar bien.

La abuela, capaz de correrlo como a otros parientes movidos por la conveniencia, deja que ese viento no se mueva de su rincón; en principio, porque en su mirada descubre ingenuidad y una inteligencia preclara para dialogar con la naturaleza.

IV

Al paso de una semana, el muchacho se convierte en la sombra de la abuela.

—¿Tú ya comiste tu peyote? Mejor que no, no le vayas a agarrar el gusto y te la pases por ahí en el llano corte y corte, trague y trague. Es mejor no cortarlo. Hay que dejarlo que crezca, que tenga sus brotes, su familia, ahí solito, en el llano, con el sol y la culebra, el tecolote y el coyote, con la luna y las estrellas. Esos, bien que saben cuidarlo. También esos pinches indios, los huicholes que vienen del otro lado de la montaña, del Quemado, del Wiricuta, como ellos la llaman. Esos cómo tragan peyote y rebien que saben cuidarlo. Pero óyelo, los huicholes son bien diferentes a los peyoteros de la suida y a los gringos.

La anciana pela pepitas mientras el nieto, atento a sus palabras, no para de comer semillas con todo y cáscara.

—Los indios, esos hijos de la chingada, vienen por su peyotito y de ahí sacan su medicina. De algo les ha de servir, digo yo, que no faltan cada año pa cortar peyote. Pero fíjate el secreto, mijo: la plantita tiene su chiste, si la cortas toda de raíz pos qué va a pasar, claro, va a pasar que ya jamás va a crecer; cómo va a crecer si la sacas todita de la tierra. Los indios son bien buenos pa eso; son re sesudos. Ellos nomás le cortan la cabeza al peyotito y dejan la raíz entera pa que vuelva a renacer, pa que vuelva a brotarle peyote. En cambio los otros hasta la raíz se tragan los carbonos, hasta la pinche tierra se tragan. Y esos que vienen de la universidad también se lo llevan todito, quesque pa provecho de sus investigaciones. Por qué mejor no van a investigar a su pinche madre.

Hace una pausa para echarse un puñado de pepitas a la boca.

—Si vas a quedar a mi lao quero que te portes bien. Oye Silencioso, cuidadito y me entero que andas metiendo

mota o viejas a mi hotel... Silencioso... ¿fumas mota?

El muchacho niega con la cabeza y le responde con señas de sus manos.

—No... A mí no me hagas esas pinches señas que se me figura que me tás mentando la pura madre. Háblame nomás con los ojos, Silencioso, yo sé leer los ojos. ¿Entendites?

V

La familia aprueba la presencia del muchacho en el hotel. Al yerno, como el hombre mayor, le toca hacérselo saber, con un par de cigarros sin filtro y un trago de mezcal de por medio.

—Mire mijo, de seguro la abuela ya le salió con sus cuentos. Óigala, téngale paciencia, usted nomás escúchela. Ya ve, la abuela no hace caso de naiden. Tá bueno, la respetamos. Es la mayor de la familia. Nos ha dado taco a todos. Se la pasa chingándole la madre a medio mundo, pero es generosa con el pan y el agua. Ahora usted ya se volvió su consuelo. Eso tá muy bueno mijo. La abuela necesita de alguien en quien vaciar sus sentimientos, lo que piensa, lo que quiere y no quiere. Nada mejor que lo haya hecho en usted. Verá mijo, con todo respeto se lo digo, porque usted pronto va a ser un hombre bien hecho, no digo que todavía no lo sea, pero pronto le va salir su bigote, va a querer trabajar y va a necesitar hembra. Mire, mijo, usted se parece mucho a su padre; su abuela lo quería reteharto. Y, bueno, como la mayoría de nosotros, él se tuvo que ir al otro lao pa ganar dólares, y se llevó a su madre, y lo dejó a usted solo con su otra abuela, porque su padre no quería que se quedara aquí, ya ve que en esta tierra la cosa tá fea, y poco

se puede hacer del llano, de la biznaga, de la tuna, del hui-zache. Claro, a nosotros no nos va mal con el hotelito que construyó la abuela pa que se queden los gringos y los peyoteros de la suidá. A pesar de lo tanto que les mienta la madre, de ellos tenemos pa llenar el buche. Pero ya ve, la abuela no puede más con el negocito, apenas puede con su cuerpo, con su alma, por eso tá bien que usté la acompañe. Pa ella es como si su hijo, el padre de usté, hubiera regresado del otro lao.

El hombre apura su copa de mezcal de un sólo trago, antes de concluir.

—Nomás téngale paciencia y no le crea lo que le dice. La abuela trae sus ideas bien metidas. Como mientan por ahí, es dura de pelar; hay que respetarla. Nomás.

VI

«Esos gringos que se quedan por ahí tumbados porque además del peyote fuman mota y chupan cerveza hasta ponerse panzones, con sus ojotes azules y sus caras de idiotas. Y los de la suidá, que nomás dicen puras pendejadas, que ya se creen huicholes, que ya se creen brujos, que ya se creen adivinos, que ya se creen curanderos, o que son revolucionarios y que nos van a ayudar, que si la injusticia y que el mal gobierno, que nos van a traer la verdá porque ellos son los mensajeros de la revolución y de la verdá, que creamos en ellos porque van a armar la revolución y que ya tienen un líder con los pantalones de Villa y Zapata juntos, y párale de contar... ¡Qué nos van a ayudar!, si son pura punta de pendejos y hocicones... Luego de que se pasan las horas abre y abre el hocico, te salen con que si les fías un cuartito, que si les fías una cervecita, que es para la lu-

cha, que es para la causa... Yo saco la fusca y los corro a los cabrones. Bola de güevones, ya parece que me voy a tragar tanta pendejada.

»Y luego con los de la universidad está peor... Esos, que dizque vienen a los puros estudios, y luego te quieren regañar: que por qué no cuidamos el llano y todo lo que crece ahí dentro, que somos culpables de que el peyote se nos ande acabando. Esos nos salieron peor que toditos juntos. Ya ves cómo cercaron pa que ya no corten tanto peyote, por qué no mejor le ponen cercas a su pinche madre. Estas tierras, este llano, esto no es de naiden. Con qué derecho lo hacen. A ellos se les hace retefácil; luego se van y nos dejan la faena entera a nosotros.

»Todos vienen y cortan, cada quien pa su cosecha. Si yo los he visto, mijo, mira así se llevan de peyote, reteharto... Esos jijos de la chingada».

VII

La abuela cae en cama por la fiebre. Le castañetean los dientes de puro escalofrío. El sudor le empapa el cuerpo. Siente que se le va la sangre, la médula de los huesos. Sus pies están helados aunque la cabeza le arde. Cuando logra musitar algo, deja escapar su inevitable «¡Hijo de la chingada!... ¡Hijo de la chingada!», sentenciando e implorando tregua a la vez. Luego vuelve a caer en un pasmo. No es sueño, tampoco vigilia; la fiebre está presente, pero no aumenta ni disminuye. La mente de la abuela es un copo de sal, sin movimiento, en la vastedad del llano, también sin movimiento.

La mayor de sus hijas asume el rol de enfermera de cabecera y con fomentos de agua fría le baja la fiebre. El res-

to de las mujeres de la familia le reza el Padre Nuestro, en voz queda, con las cabezas cubiertas por sus rebozos de hilo trenzado de hebras negras, grises y blancas, con la mirada baja y las cuentas de los rosarios que giran al tacto de las yemas ásperas de sus dedos, con la tutela de la imagen del Sagrado Corazón iluminado por una docena de veladoras.

La abuela oye esos rezos como un murmullo lejano e indescifrable, igual de anodino que el zumbido de las moscas. Sus oídos avanzan sobre esa maleza de voces sin podar; el peso de su cuerpo encorvado como escarabajo, las aplasta con la lentitud de quien sabe que al tiempo no es necesario ganarle la carrera, con el aplomo de quien vive sus días contados y no se niega al hecho, al ciclo de la existencia.

Luego de concluir con los asuntos del hotel, como despachar la última ronda de cervezas a los huéspedes, dejar listo el baño con agua caliente por si alguien desea darse una ducha, hacer la inspección de rutina para evitar la posible intromisión de drogas a los cuartos (descontando al peyote, al que no consideran como tal), el yerno y demás varones de la familia toman mezcal, fuman cigarrillos sin filtro y tiran los naipes sobre una mesa de madera, en un cuarto que hace antesala a la habitación de la abuela. Es una partida destinada a montar vela toda la noche. Ninguno de los participantes habla. Sorben el licor sin premura. Cada quien se lleva los recuerdos que tiene de su pariente para el silencio interior.

El nieto no participa de los rezos, tampoco juega a los naipes. No tiene edad para una cosa ni otra. No le agrada el humor que en ese momento se respira: la densidad del cuerpo de la enferma, la energía de una mente cargada de vivencias y sentimientos lanzados al aire con cada arrebato de fiebre, cual bocanadas de fuego; el penar de las mujeres que no paran de rezar; el tabaco, el alcohol y la acre transpiración de los varones. Prefiere montar vela a su modo, afuera de la casa, a solas, viendo el cielo despejado, en una

noche en la que comienza a dibujarse la luna. El cuarto creciente siempre se le figura una navaja. Imagina su cuchilla sobre el llano, el filo de luz acariciando el lomo del coyote, la tarántula y la serpiente; esta hoja despuntando la biznaga, las yucas y los órganos que crecen llano adentro; por encima del peyote de piel verde con vetas azuláceas, del peyote morado, del peyote brujo. Ese filo de luz que da forma a las sombras del hotel con los hospederos entregados a la libación de alcohol, mariguana y cactus; omnipresente de la casa donde su familia se reúne por una sola voz, una respiración, la de la abuela; testigo del caserío circundante y cuyo eje de existencia es la antigua estación de ferrocarril, de cantera y argamasa, donde el tren ya no hace escala por restricción del gobierno y a favor de las empresas norteamericanas. Esa navaja de luna le traza un zigzag a la cordillera majestuosa, a la montaña que se dice sagrada, el Quemado, el Wiricuta, con todo y la congregación de poblados que desfilan a sus faldas.

El muchacho se la pasa tumbado sobre el suelo, con las piernas estiradas. De vez en cuando muerde una barra de chocolate macizo y semiamargo; deja que el chocolate se disuelva en su saliva, antes de pasarlo por la garganta. Al pico de horas descubre el trazo de una estrella fugaz, pide un deseo. Se pregunta si la abuela comparte esa misma obsesión de mirar la noche para descubrir estrellas fugaces. Quizá no... quizá ahora no, así como la ve y oye tan quejumbrosa y malhablada. Tal vez de más joven, en su niñez ya lejana.

La abuela libra el mal trance al cabo de unos días. La prodigan con atoles y chocolate batido, con queso fresco, traído de Charcas, con pan de yema de huevo del Real, con miel de abeja, cortesía del pueblo de Berrendo. Por espacio de dos semanas, con sus sábados y domingos, la mujer no sale de su habitación. Se la pasa en cama, envuelta en una pila de mantas de franela, sin quitarse el rebozo y con gruesas calcetas que le llegan hasta arriba de las rodillas.

Al cabo del tiempo, cuando la abuela se siente «con más juerza», pide que ya no le recen el Padre Nuestro y vuelve al insulto como credo cotidiano: «Pinches viejas güevonas, en vez de tar nomás rezando, váyanse a la cocina; ahí hay reتهarto quehacer». El yerno le da su «aguardientoso pa agarrar ánimo» y vuelve a hacer guardia escoba en mano para barrer el polvo de la calle principal.

Hasta ese momento, el nieto se había quedado a la saga, en espera de un mejor talante de la abuela para inquirirle sobre las estrellas. Ambos se encuentran en el patio principal de la casa.

—Cabrón, ¿todavía sigues aquí? Pensé que ya te habías largao como lo hizo tu padre. ¿Pa qué te quedates Silencioso? No ves que aquí hay pura tristeza, puro pinche polvo y peyotero. Mejor habías de irte donde tabas, con la familia de tu madre; ahí tá menos maleao, aunque ahora me dicen que los jovencitos trabajan pa los narcos. Como sea, aquí lo único que puedes hacer es llevarte un taco de frijol, si es que quieres ponerte a trabajar en el hotel. No sea pendejo muchacho, váyase y siga su camino.

El muchacho mira fijamente a los ojos de su abuela.

—Ya... ya... no tienes por qué echarme esos ojotes de venado. Si quieres quedarte nomás pa ver cómo me petateo, quédate pues, a mí qué más me da.

El sol se proyecta en el horizonte. El dominio de la noche se precipita tras el fulgor de un par de estrellas. Con el dedo índice, el muchacho señala ambos astros, uno por uno.